

# REVISTA CORDOBESA,

DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

*Se publica todos los Domingos.—Los precios son en CORDOBA 4 rs al mes.—En PROVINCIAS 15 rs el trimestre y 52 al año.—En el ESTRANGERO 18 y 62.—En ULTRAMAR 24 y 90.*

*La redaccion en casa de su director Sr. Conde de Torres-Cabrera.—Se suscribe en Córdoba casa del director económico Sr. D. Rafael Bastida, Plaza de S. Juan n.º 22.—Fuera en las principales librerías.*

## REVISTA GENERAL.

La respetable voz del Santo Padre ha resonado bajo las bóvedas del palacio de las Tullerías, y como no podía dejar de suceder ha producido en la cámara imperial una sensación profunda, cuyos efectos son difíciles de conocer, y sobre cuyas consecuencias es todavía aventurado el formular opinión alguna. Si se considera que la contestación dada por Pio IX á la carta de Napoleon III no se ha publicado, como esta lo fué, en el *Moniteur*, sin duda porque al hacerlo seria indispensable que el jefe de la Francia declarase su opinión de una manera terminante, bien imponiendo el *consejo* que su carta contenia de ceder las legaciones, ó bien desistiendo de su propósito: si se tiene presente que el Nuncio de Su Santidad fué recibido hace pocos dias en audiencia particular por el Emperador, de cuya entrevista de dos horas Mr. Sacconi salió bastante satisfecho: si es cierto que Francisco José ha enviado á París una nota declarando que insiste en el cumplimiento de todas las estipulaciones de Villafranca, y si no ha variado la imponente decisión de los gabinetes de Berlin y S. Petersburgo, nada tiene de extraño que la actitud de Napoleon haya sufrido en los últimos dias un cambio completo. Mas si por otra parte consideramos que segun todas las probabilidades y segun todos los movi-

mientos que se advierten en el vecino imperio, su gobierno, dejando á un lado el célebre tratado de comercio y el estrepitoso afán de discurrir sobre la manera mas conveniente de llevar á una pronta solución la asendereada cuestión de Italia, ha creido ya llegado el caso de obrar: que á la calma aparente en que habian quedado estas cuestiones y á la supremacía que habian adquirido otras ha sucedido una nueva agitación, volviendo la de la Rumania á ocupar el primer término: que la prensa toda de Francia y especialmente la *Patrie* se dedican á este asunto con grande preferencia, anunciando como opinión segura del Emperador la absoluta é indispensable cesión de las Legaciones, tendremos algo indicado el espíritu que domina al gabinete de las Tullerías, espíritu bien contrario al que antes hemos aducido.

Véase, pues, con cuanta razón hemos dicho que son aventurados todos los juicios que podamos formar sobre el gran desenlace que se prepara, juicios que por otra parte serian inoportunos ahora que parece llegado el momento de acción, momento que la Europa espera con impaciente ansiedad y del que no dudamos saldrán triunfantes la razón, el derecho y la justicia.

Para que este general deseo se satisfaga, para que las provincias Italianas no sigan en el lastimoso estado que hasta aquí, para que el mal no se comuniqué á otros países hasta ahora contentos y tranquilos, no vemos mas

que un remedio. Solamente una asamblea general, en la que todas las potencias de Europa manifiesten clara y esplicitamente sus doctrinas, en la que las malas pasiones se presenten con toda su horrible desnudez y en la que la nobleza, la lealtad y el deseo del bien puedan ser apreciados, imitados y aplaudidos á la faz del mundo; solamente, repetimos, ese congreso anunciado por tanto tiempo, y por tanto tiempo suspendido, es la única tabla de salvacion, como cuando hoy peligran la verdadera libertad, la verdadera tranquilidad de los pueblos. Austria reclama su reunion con insistencia, Rusia y Prusia sostienen su necesidad, y de la misma opinion son casi todas las demás potencias signatarias de los tratados de Viena. Por qué pues tantas dilaciones? Con gusto hemos leído en un periódico que en Paris, segun las últimas noticias, corrian rumores favorables en este sentido y aun hasta se indicaba la época próxima en que debian ser convocadas las potencias europeas.

Mucho sentiremos que esta vez, como otras, nuestras esperanzas queden frustradas; porque ¿qué bienes podrá recoger la Europa del continuado aplazamiento de esas importantes conferencias? Por ventura no está presentando el cuadro mas triste y desconsolador atendida la decantada civilizacion del siglo XIX? Con efecto, las naciones que hoy aparecen unidas por los lazos mas estrechos y amistosos, mañana se ven separadas por un profundo abismo para volverse á presentar al siguiente dia caminando de acuerdo. De este estado de ansiedad nace la duda y de la duda la desconfianza mas completa. Los pueblos se arman contra los pueblos, los hermanos contra los hermanos. Qué es esto? Donde está la buena fé, donde está el amor, donde está la justicia? Lo hemos dicho, estas tinieblas necesitan una luz y la luz nacerá del Vaticano: este estado necesita un término, y este término lo tendrá en la asamblea general de las potencias de Europa, á cuya convocatoria la corte imperial de Paris se encuentra segun parece decidida.

Las provincias Italianas siguen disfrutando entre tanto una *paz* enviable. En Florencia se han hecho nuevas prisiones por temor de una conspiracion. En Parma ha habido vivas á Garibaldi, muertas á la guardia nacional, prisiones, agitacion y tumulto. En las Legaciones Farini ha decretado una quinta, lo cual contribuirá no poco á aumentar la confusion: en Liorna han sido arrojadas sin resultado varias bombas fulminantes, y el Piamonte continúa erizado de puñales, lleno de sociedades patrióticas, entretenido con cartas que Garibaldi recibe y contesta todos los dias, y siguiendo impávido su suscripcion para comprar el famoso millon de fusiles.

Se habla de un viaje del conde de Cavour á Paris, y si esto fuese imposible, Cowley irá á Turin para tener una conferencia con el ministro Sardo. Aun cuando esté decretada la separacion de la Rumania, no parece estarlo su anexion al Piamonte, y el arreglo de este asunto debe ser la causa de los viajes anunciados. De todos modos, si esta anexion se verifica será entregando á la Francia el condado de Niza y Saboya, con lo cual el segundo imperio conseguirá un aumento territorial que parece que la Inglaterra no se halla muy dispuesta á consentir, á pesar de su ventajoso tratado de comercio.

El notable discurso pronunciado por la reina Victoria en la apertura del Parlamento inglés ha producido como era natural grande efecto, y las discusiones de las cámaras á que ha dado lugar ofrecen hoy el mayor interés. Respecto á la cuestion italiana la Reina de la Gran Bretaña, despues de indicar el gusto con que habia recibido la invitacion para enviar un representante que asistiera al Congreso europeo y el aplazamiento de este Congreso, manifestó su decision de obtener para las poblaciones italianas la libertad de la intervencion estrangera por la fuerza de las armas en sus asuntos interiores. Esta manifestacion fué confirmada por Lord Palmerston en la sesion del 24, añadiendo que estaba decidido á no garantizar al

Papa ni siquiera los estados que le restasen despues de la separacion de las provincias sublevadas. Esta declaracion terminante del noble Lord no nos ha causado la menor estrañeza, porque jamás habíamos esperado otra cosa; pero sin duda no habrá sucedido lo mismo á los que confiaban en que *probablemente* hubiera hecho lo contrario. Otra circunstancia estraña del discurso de que nos ocupamos ha sido la de colocar en via de negociaciones el tratado de comercio con Francia, siendo asi que se firmó á las pocas horas despues de la apertura de las cámaras. En cuanto á nuestra España S. M. se limitó á manifestar su sentimiento por el ningun resultado que habian tenido sus esfuerzos á fin de prevenir el rompimiento con Marruecos.

Sin duda para continuar el espíritu de estas palabras han llegado al cuartel general algunos personajes ingleses precursores de la paz. Ya que no consigan resultado alguno hasta despues de la toma de Tetuan, habrán tenido ocasion de admirar el valor de nuestros soldados, que en la accion del 31 tomaron todas las alturas de Sierra Bermeja con pérdida de doscientos hombres y dejando dos mil enemigos fuera de combate. Verán por sus propios ojos que esos moros que *no habian hecho ningunos preparativos*, segun se atreve á decir el *Morning Herald*, se encuentran armados con todos los adelantos hechos en el arte de la guerra moderna, gracias á quien haya podido facilitarles los recursos necesarios, y por último podrán enseñar á su iglesia protestante que los dignos sacerdotes Católicos que forman la corporacion párroco-castrense de nuestro ejército de operaciones, «sobrellevan con resignacion los azares y las privaciones de la campaña, y en los dias del combate, despreciando el peligro, se les vé siempre sobre el mismo campo administrar los sacramentos á los moribundos, dándoles los consuelos de la religion en sus postreros momentos.»

FAUSTO GARCIA LOVERA.

## EL POETA DEL SIGLO XIX.

Galana flor de perfumado aroma  
Su cáliz desplegando en el desierto;  
Solitaria y tristisima paloma  
En campo estéril, infecundo y yerto:  
Cándida vírgen que anhelante asoma  
La pura faz al mundanal concierto;  
Así mi númen á pintar se atreve  
Al poeta del siglo diez y nueve.  
Cuando se agita la sangrienta tea  
De la discordia, y hasta el cielo asciende,  
El ronco grito de feróz pelea,  
Cual rauda nube que el espacio hiende;  
Cuando el mónstruo guerrero se pasea  
Sobre la hoguera que su vista enciende,  
Y de la audáz politica al empuje  
El mundo se estremece, tiembla y cruje;  
Cuando se agostan de virtud las flores  
Al soplo sepulcral del egoismo,  
Y sumerjirse vemos los amores  
Del cálculo letal en el abismo;  
Cuando el alma agoviada de dolores  
Y anonadada en negro parasismo  
Por donde quiera que la vista lanza  
No vislumbra ni un rayo de esperanza;  
Cuando se apaga de la fé sincera  
La purísima antorcha fulgurante,  
Y amarga duda el corazon lacera  
Desde el gastado sabio al ignorante;  
Cuando del mundo la estendida esfera  
Inunda audáz con pasos de gigante,  
Despreciando lo humano y lo divino  
Del interés el hálito mezquino;

—  
¿A dó dirigir los ojos  
Si se agita el alma inquieta?  
¿Cómo cumplir el poeta  
Su pacífica misien?  
¿Dónde encontrará las flores  
Para ornar su pobre lira?  
¿Quien lo oirá cuando suspira  
Si no tiene inspiracion?  
¿Quién prestará á sus acentos  
El melancólico encanto  
Que verter nos hace el llanto  
De su cancion al compás?  
Y si canta entristecido  
Sus amorosos pesares  
¿Quién sus téticos cantares  
Con placer escuchará?  
Flor exótica en el mundo  
Privada del puro ambiente,  
Agitada fuertemente  
Al soplo del vendabal;  
Ave en medio del espacio  
Quejándose lastimera,  
Sin una rama siquiera  
Donde poder reposar;

Nave frágil arrojada  
Al triste mar de la vida,  
Navegando combatida  
Sin brújula ni timon.  
¿A dó dirigir tu rumbo  
En tan inmenso desierto?  
¿Dónde hallar tranquilo puerto  
Para el triste corazón?  
¡Ay de tí, pobre poeta!  
Como errante peregrino  
Cuyo azaroso destino  
Es vivir para viajar;  
Así el tuyo en este mundo,  
Aunque el mundo no te entienda,  
Ni tus cantáres comprenda,  
Es vivir para cantar.

Cantemos pues: la citara sonora  
Derrame sus torrentes de alegría:  
Cantemos al nacer la bella aurora:  
Cantemos al morir la luz del día.  
Cantemos á la luna y las estrellas  
Melancólicos cantos de dulzura:  
Cantemos á las fúlgidas centellas  
Del claro sol que en el cenit fulgura.  
Cantemos la virtud y la pureza:  
Cantemos el honor y valentía:  
Cantemos el amor y la belleza:  
Cantemos la amistad y la hidalguía.  
Y si del mundo en la estension inmensa  
Para cantar no hallamos digno asunto;  
Si nada bello nuestro ardor compensa  
De tanto aciago mar en el conjunto,  
Busquemos melancólico sosiego  
En mitad de la noche solitaria,  
Y llena el alma de sagrado fuego  
Alcemos hasta Dios nuestra plegaria.

Cantemos sin temores: inunde el ancho mundo  
El mágico torrente de rauda inspiracion;  
Crucemos placenteros el claro mar profundo  
De arrebatada y pura fantástica ilusion.  
La lira es nuestra nave, la estrella de bonanza  
A nuestra vista ansiosa comenzará á lucir;  
Que entre rosados velos de plácida esperanza  
Desplega sus encantos glorioso porvenir.  
No importa que del mundo la ronca carcajada  
Salude nuestros cantos con sátira cruel:  
Llevar siempre cuidemos la lira bien templada  
Para endulzar del mundo la envenenada hiel.  
Y así nuestro destino ufanos cumpliremos  
Impávidos batiendo la dura adversidad:  
Y de este falso mundo tranquilos partiremos  
Cuando sus puertas abra la oscura eternidad

T. DE ROJAS.

711.—1860.

(MEDITACION.)

I.

Ah! ya era tiempo!... Once siglos...  
(Un minuto sin embargo en el misterioso reló de la eternidad) entre la ofensa y el desagravio!

El gladiador que reposando en su tienda es acometido por numerosos enemigos que no le dejan tiempo de recobrase, lanza un gemido de dolor, agítase con furia, se revuelve entre los lazos que le oprimen, logra por fin incorporarse, esgrime sus brazos, aparta á sus enemigos, se levanta y blandiendo su acero rechaza la agresion... Acósalos, por todas partes, vécelos por do quiera, y cuando mirase libre y solo en su campo, dueño de sí mismo, si bien todavía ruborizándose al recuerdo de la afrenta recibida, va á pedir cuenta de ella á sus ofensores.

Esto ha hecho España.

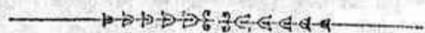
El que á hierro mata injustamente, á hierro debe morir... Los pueblos invasores han de ser invadidos. La Providencia así lo ha dispuesto...

La guerra, pues, era inevitable, fatal... Estaba escrito.

II.

Dios consiente á veces que las faltas de los reyes vengan sobre los pueblos, quizás en castigo de su abandono; y hace 1150 años las fieras africanas saltan de improviso sobre el leon ibero que yacía sumido en letárgico sueño, y sin darle tiempo de enderezarse y aprestar sus garras, mancillan la noble tierra que amparaba.

Toca, empero, á los pueblos que se precian de tales protestar contra la injuria, haciendo ver que no son dignos de ella ni solidarios de los errores de su príncipe, y España que se siente nacion honrada, ofrece como protesta elocuentísima la gigante epopeya, sin



igual en la historia, que se abre en las montañas de Asturias y acaba en la vega granadina; poema que tiene por actores Pelayo, los Alfonsos, Rodrigo Diaz, S. Fernando, Guzman el Bueno, Gonzalo de Córdoba, Cisneros é Isabel I.

Dios permitió al fin, por glorioso contraste, que la culpa del rey inepto é indolente fuese rescatada por la reina enérgica y activa, y borrada la mancha del hombre corrompido y liviano por la matrona pura y casta.

### III.

Hasta aquí España no ha hecho mas que defenderse... El gladiador va á acometer á su vez.

Hermoso desquite!

No imitará la traicion odiosa de su antiguo adversario. Esta vez el leon castellano va á medir sus fuerzas con el del Atlas, advirtiéndole noble y generosamente que se defienda.

Imposible que no venza quien así trata á su enemigo, cuando además la razon le abona y los intereses de la humanidad y de la civilizacion le empujan.

.....  
En este momento tres siglos y medio desaparecen ante nuestros ojos; nuestra mente tiénelos por no transcurridos, y, borrados sus acontecimientos, hácese la ilusion de que no se ha interrumpido la brillante cadena de nuestros triunfos.

En esta laguna solo flota visible para nosotros un hecho grande, trascendental, Lepanto, que no deja solucion de continuidad en la marcha gloriosa de nuestra historia; Lepanto, epílogo de la antigua lucha y prólogo de la lucha nueva; fuerte eslabon que une el pasado y el porvenir de la política española; Lepanto, osada tesis presentada á la barbárie sarracena, que ésta no se ha atrevido á debatir; guante lanzado que no ha sido osada á recoger; Lepanto, en cuyas ondas abrió la tumba á la media luna de la cimitarra damasquina, la cruz de la espada toledana.

Porque no hay que dudarle... Allí cayó la morisma para no levantarse jamás; su decadencia es visible desde entónces: no podia engrandecerse sino por la fuerza, y cortados allí los vuelos á su audacia, el descendiente del profeta se ha visto precisado á envejecer y envilecerse en la inmoralidad de su política y en su desalentadora religion.

### IV.

En el dia el cuadro que presentan los dos principales representantes y mantenedores del Coran es lastimoso. Carcomido y desprestigiado el uno, lleva en su seno los gérmenes de su muerte, y vacila y se estremece á cada latido de la política europea, á cuyos intereses, ya que no á su conmisericordia, debe el arrastrar todavía una existencia miserable y trabajosa. Menos en trato con la civilizacion el otro, aislado en sus dominios y encerrado en alguna de sus ciudades imperiales, casi invisible y evitando cuidadosamente todo comercio con las ideas de las naciones cultas, es el genuino representante de la barbárie; anacronismo atroz, creacion fantástica y extraña que se asemeja á aquellos príncipes prodigiosos, increíbles, que al decir de un historiador, preocupaban tanto á la Europa hace dos siglos; el gran Khan de Tartaria, por ejemplo.

.....  
Semejante estado de cosas no podia ser eterno... Y ya se sabe... Cuando la Providencia quiere castigar á los pueblos ó regenerarlos, ora levanta la tempestad en la mente y en el corazon de otros pueblos y se lanzan ciegos, guiados por incomprensible instinto el Oriente sobre el Occidente, el Norte sobre el Mediodia; ora colócales al lado la vena robusta donde saquen nueva y generosa sangre.

Tal es la mision confiada en nuestros dias á la Europa y de la que á España toca una hermosa parte. El Occidente va por fin á cumplir su destino, volviéndole con usura al Oriente los bienes de la ilustracion y de la cul-

tura que de él recibiera y que podia temerse hubiesen sido borrados para siempre de aquellas regiones.

V.

Ha llegado, empero, el momento de vengar España su antiguo ultrage?

En la ignota sucesion de los acontecimientos humanos, arreglada por la mente suprema, ¿sonó la hora de la regeneracion del Africa?

¡Dios es grande!

Porque priva de la razon á los que deja de su mano;

Porque ha borrado de la memoria del árabe la aciaga jornada del Guadalete;

Porque ha hecho que el sectario de Mahoma olvide que fué ilustrado y poderoso;

Y tiene dispuesto que el pueblo que olvida su historia no puede ser grande y libre.

¡Dios es grande!

Porque no ha consentido que olvidemos el prodigio de Covadonga;

Porque no ha querido apartar de nuestra memoria las celestes apariciones de Clavijo y de las Navas;

Porque ha permitido que no olvidemos las victorias inmortales de Valencia, Córdoba y Sevilla;

Porque ha hecho que viva en nosotros imperecedero el recuerdo de Granada y de Isabel la Católica.

Dios es grande! porque ha mantenido viva nuestra fé y cada vez mas ardiente, y ha conservado en nuestro corazon el sentimiento del honor que no puede vivir empañado.

Dios es grande! porque ha mirado siempre con amor á este pueblo que tan milagrosamente ha combatido siempre á sus enemigos.

Oh, si!... es llegado el momento en que las armas españolas abran el surco á las buenas ideas, y arrojen á los campos africanos los gérmenes de la nueva vida de ese pueblo.

VI.

España, grande y noble tierra, con

qué orgullo te contemplamos hoy los que bastante jóvenes para no haber presenciado tu último asombroso esfuerzo, solo te hemos visto empeñada en fratricida lucha! Estenuada despues, rendida, dolorosamente postrada, casi habiamos podido creer con espanto que nada latía dentro de tu pecho y que eras un cadáver sobre el que derribaban lágrimas los propios, y arrojaban insultos los estraños!

Ah! nos engañábamos!... Glorioso el país á quien Dios ha concedido triunfar siempre de sus ofensores!

Bello y singular destino el de la nacion que dos veces habrá debido su fama y su grandeza á las inspiraciones y sentimientos de una muger! Y glorioso y bienhadado nombre, bajo cuyos auspicios cumple España su mision noblemente.

Oh! no lo dudamos... El inmortal espíritu de Isabel primera sentirá goce purísimo, consuelo inefable, al ver continuada por otra Isabel la obra en que se cifraban durante su vida los deseos de la reina grande y sublime, y las santas ardientes aspiraciones de la muger cristiana!

J. RODRIGUEZ DELGADO.

A EL ROCIO.

Hijo del mar, que hasta el empíreo cielo te remontas en nube vagarosa, y del espacio en la region grandiosa formas de gasa trasparente velo:

Tú que descienes en tranquilo vuelo á matizar la enredadera hermosa, el pálido jazmin, la blanca rosa, las flores todas del fecundo suelo:

Tú que del Betis en feraz ribera haces brotar las olorosas flores tus perlas al posar en la pradera:

Tú que al prado le das vida y colores, adormece el pesar del pecho mio, sé para el alma celestial rocío.

T. MARTEL.

## EL ELIXIR,

TRADUCCION DEL FRANCÉS

POR C. Y J. C.

En una hermosa casa de campo á quince leguas de Paris, y dominando un lindo pueblecito del que estaba cien pasos, la Baronesa de Livry esperaba con impaciencia á su marido y á Mr. Anatolio de Montfort, á quienes la caza habia ocupado todo el dia. Si la Baronesa hubiera querido, en vez de pasar esas horas solitaria y triste, pudiera haberlas embellecido con la presencia de Mr. de Montfort, jóven amable, algo pariente suyo, que poseia el arte precioso de dar atractivo á las conversaciones y animar todos los instantes de una vida que hacia algun tiempo encontraba Mme. de Livry pesada y sin encantos; pero por mas que nos hagamos ilusiones, la conciencia nos grita interiormente, y nos presenta á pesar nuestro las cosas bajo su verdadero aspecto. Mme. de Livry tenia veinte y cinco años, su marido sesenta, Mr. Anatolio de Montfort veinte y ocho, y si añadimos que Mme. de Livry experimentaba el principio de una pasion profunda, se comprenderá facilmente que no era á su marido á quien amaba. Sin alejar precisamente á su primo, evitaba cuanto podia el encontrarse á solas con él, y huia las ocasiones en que el jóven hubiera podido aprovecharse de su debilidad. Anatolio, sin embargo, conocia bien el imperio que tenia sobre su prima, y esta necesitaba mucha virtud para resistir á su persecucion.

—Si me amais, le decia ella, escusad el verme, pensad que me seria imposible vivir con un remordimiento, y que si alguna vez tuviera algo de que reconvenirme para con Mr. de Livry, no podria sostener su mirada; entonces huiria de vos y de él, daria un escándalo, y seria perdida. El mundo no perdona una falta mas que cuando se le oculta y cuando uno se la perdona á si mismo, pero yo os lo repito, Anatolio, jamás me la dispensaria; y asi os ruego que os alejéis de mi si quereis que viva.

Anatolio parecia comprender este lenguaje; sin embargo, no cedia, persuadido de que la mujer se ecsagera hasta su virtud, y que despues de cometida una falta, puede encontrar en su corazon, aun á pesar suyo, motivos que la disculpen.

Mr. de Livry era un viejo todavia fresco y vigoroso, que no obstante su edad, llevaba hasta el extremo la aficion á la caza entregándose á ella con todo el ardor de un jóven; Mme. de Livry que no podia moderar esta pasion de su marido, habia exigido aquel dia que Anatolio le acompañase.

—No parece bien, decia á su primo, que os quedeis solo conmigo estando ausente mi marido; por otra parte, yo tiemblo cuando vá á cazar llevando solamente criados jóvenes, que sin cuidarse de él, no hacen mas que divertirse en un ejercicio peligroso para un anciano. Acompañad á Mr. de Livry, amigo mio, vos me respondeis de él.

Los dos cazadores habian partido al amanecer; la noche se acercaba, y no estaban aun de vuelta. Por fin, la Baronesa oyó el ruido del carruaje en que venia su marido y el de los caballos de silla que le seguian. Algunos momentos despues entró un criado en el salon, anunciando con inquietud que Mr. de Livry y Mr. Anatolio habian llegado enfermos, y acababa de dejarlos en el lecho. La Baronesa voló al cuarto de su marido, lo encontró abatido, respirando apenas, implorando el socorro de la medicina, y sobre todo pidiendo con instancia la presencia de su médico.

—Amigo mio, le dijo, voy á hacer salir al instante uno de nuestros criados para Paris; sin duda traerá al Doctor R..., pero nos hallamos á quince leguas, y por mas que se apresure, no llegará aqui hasta mañana al medio dia; vos no podeis permanecer ese tiempo sin socorro, y entre tanto voy á mandar llamar al médico del pueblo.

El viejo consintió en ello.

Al salir de la habitacion de su marido, pasó la Baronesa á la de Anatolio de Montfort. El jóven estaba tan grave como Mr. de Livry, y su enfermedad parecia presentar los mismos sintomas. Dirigió una mirada moribunda á su bella prima, en la que parecia decirle que se hallaba reducido al estado en que le veia por obedecer sus órdenes, y que sentia menos perder la vida que su amor.

La Baronesa, trastornada, interrogó á todos los criados. Qué mal era aquel? Cómo habia atacado á su marido y á su primo? Le dijeron que estos Señores, despues de haberse acalorado en la caza, se ha-

bían quejado al mismo tiempo de un frío repentino. El médico del pueblo fué llamado, y llegó con una celeridad, que probaba su afán en ponerse á las órdenes de la Baronesa. Era un hombre como de cuarenta años, de buena estatura, rostro fresco, aire alegre, y la boca dispuesta de tal manera que le era imposible no sonreír. Hizo su visita á los enfermos, y despues vino á buscar á la Baronesa, que le esperaba impaciente.

—Y bien, Doctor! le dijo, habeis visto á esos señores? Qué enfermedad súbita es esa? Qué debo esperar?

—Es una fortuna para ellos, y para vos, que tanto parece os interesais por su salud....

—Cómo si me intereso! mi marido! mi primo!....

—Muy bien, señora, muy bien!... Es una fortuna, repito, que os hayais dirigido á mi, pues poseo precisamente un remedio soberano para la enfermedad que padecen.

—Y los salvareis?

—Sin duda alguna, solo os pido para ello veinte y cuatro horas. Pasado mañana esos señores podrian ir á cazar si les agrada.

—Los dos? preguntó la Baronesa.

—Un momento, replicó el médico, esto es lo que venia á consultaros, porque no he querido hacer nada sin tomar vuestras órdenes; no puedo salvar mas que á uno.

—Cómo, Doctor!

—Desgraciadamente han caido enfermos en ocasion de haberseme agotado mi provision de elixir; la cantidad que me queda bastará casi para salvar á uno solo, y..

—Haced mas; en nombre del cielo, no omitais nada.

—Es un trabajo, señora, del cual voy á ocuparme sin tardanza; pero necesito veinte y cuatro horas para confeccionar mi remedio, y pasado ese tiempo, de nada servirá su aplicacion: seria demasiado tarde.

—Oh Dios mio! Dios mio! Qué hacer? exclamó dolorosamente la Baronesa, cuyo rostro que se habia puesto encendido cual la grana, se cubrió de repente de una estremada palidéz.

El médico replicaba con la mayor sangre fria, y agitando en su mano un bote-cito que contenia un licor rojizo:

—A vos os toca decidir, señora; yo he creido no serme lícito obrar sin consultaros; en cuanto á mi, si hubiera se-

guido una indicacion natural, y fundado quizá en un deber, os confieso habria operado sobre el jóven, porque á su edad se puede ser mas útil á la sociedad que un anciano cuya carrera ha concluido.

—Qué decis, señor? dejar perecer á mi marido!

Y la Baronesa dirigia miradas desesperadas sobre aquel frasco que se hacia brillar á sus ojos; tenia delante de si la vida de un hombre; la eleccion que iba á hacer seria una sentencia; la palabra que se escapara de su boca mataria á uno de los desgraciados que gemian cerca de ella. Si aun tratándose de desconocidos, hubiera sido terrible esta alternativa, puede comprenderse con mas razon cual seria la desesperacion de Mme. de Livry teniendo que decidir entre dos personas que le eran tan queridas, aunque bajo diferentes titulos. La desventurada sollozaba, ocultando entre el pañuelo su rostro inundado de lágrimas.

Cuando estamos buenos, cuando la salud parece haber tomado posesion del lugar en que se habita, tratamos ligeramete la medicina, y no tenemos mas que una fé dudosa en los médicos; pero si la enfermedad llega, entonces la duda se desvanece, llevamos la confianza hasta la credulidad, y el facultativo viene á ser un salvador cuyas palabras son oráculos. Ni siquiera le ocurrió á Mme. de Livry que este médico de aldea pudiera engañarse, creyó verdaderamente que tenia un elixir de vida, un bálsamo eficacísimo, y redoblando las lágrimas y los gemidos, con el rostro siempre oculto en su pañuelo húmedo, balbuceó estas palabras:

—Oh, mi marido! mi pobre marido!

Espresaban estas palabras su pensamiento? eran una sentencia? y contra quién? tal vez lo ignoraba ella misma, pero cuando levantó la cabeza, cuando quiso reconvenir á aquel hombre cruel por la odiosa posicion en que la colocaba, se apercibió con espanto de que el médico habia desaparecido. Desesperada, y fuera de si, recorrió el salon como una insensata, preguntándose lo que deseaba su corazon entregado á tan crueles combates.... Pero qué habia sido del médico? A qué enfermo habria dejado sin socorro?

Se hizo de noche: la tempestad que habia amenazado todo el dia estalló al fin; el trueno retumbaba y la lluvia azotaba las ventanas. Mme. de Livry trémula,

y sobrecogida de un profundo terror, fué á sentarse en un rincón del salón: el médico apareció en la puerta con su aire tranquilo y su sonrisa habitual, mostrando de lejos el frasco vacío.

—Mr. de Livry se ha salvado, señora, exclamó con tono triunfante, he seguido vuestras órdenes; lo siento por vuestro joven primo, pero habeis tenido razón en preferir...

La Baronesa no oyó estos consuelos singulares, estaba desmayada. Cuando volvió en sí, suplicó al doctor no abandonarse á Mr. Anatolio de Montfort. Porque no hubiera quedado ni una gota del elixir salvador debía dejarse al joven sin socorro? El médico no se atrevió á contrariar los deseos de la Baronesa, y se trasladó al cuarto de Anatolio con la indiferencia de un hombre á quien se exige un trabajo inútil; le administró algunas tisanas con ademán de fastidio, y solo con el objeto de no desagradar á una rica cliente, cuyo marido acababa de salvar.

Mme. de Livry estaba sentada á la cabecera de Anatolio; tranquila sobre la suerte de su marido, habia creído poder abandonarlo al efecto saludable del elixir del Doctor, quien por otra parte recomendaba el mayor silencio en torno del enfermo. La Baronesa miraba á Mr. de Montfort con el horror y los remordimientos de un asesino que se presentase delante de su víctima, y no podia contener mas sus sentimientos. El desgraciado joven, sofocado por el mal, respiraba con dificultad, y despues de algunos instantes perdió el habla.

Yo soy quien os mata, Anatolio, decia la Baronesa en alta voz; por obedecerme habeis ido á esa caza mortífera; y cuando dependia de mí salvaros, he alejado de vuestros labios el medicamento que os hubiera dado la vida...

Se arrojó á los pies del moribundo, cogió su mano helada y la estrechó contra sus labios.

—Mi amor es la causa de vuestra muerte, añadió, y sin embargo, si hubiera seguido el impulso de mi corazón, si hubiera pronunciado la palabra que ansiaba decir, qué habria yo sido, amigo mio? una mujer criminal que deja perecer á su marido por salvar á su amante. Pero lo he dicho ¿he pronunciado vuestra sentencia? Oh! no, yo lo ignoro todo, no sé lo que ha sucedido.... Oh! perdonadme.. no murais sin perdonarme.

Toda la noche fué de angustias para la Baronesa, mientras que el médico del pueblo, á quien se habia rogado permaneciese en el castillo, durmió en una buena cama como un hombre cierto de la cura que se vá á obrar.

En fin, transcurrieron las horas y apareció el día; los enfermos no habian experimentado alivio, pero cerca de las diez se detuvo en el patio una silla de postas de la que bajó el Doctor R.\*\*\*

En seguida corrió al departamento de Anatolio; echó una mirada al joven moribundo, y sin decir palabra abrió una cajita de piel, sacó una lanceta y practicó una larga sangría en el brazo de Anatolio.

—Es una fluxion de pecho, dijo, ahora vamos á ver al Baron.

El estado de Mr. de Livry estaba muy lejos de ser satisfactorio; tenia la misma enfermedad que Anatolio; pero era un anciano cuya naturaleza debilitada carecia de la fuerza necesaria para resistir el mal, siendo por lo tanto preciso economizar una sangre cuyos restos eran preciosos; además, el elixir del empírico del pueblo habia producido efectos desastrosos. El Doctor R.\*\*\* permaneció inmóvil delante del enfermo, explorando todos los síntomas, con esa sagacidad paciente que distingue hoy á nuestros mas hábiles prácticos: despues volviéndose de repente á la Baronesa:

—Qué es lo que se ha hecho tomar á vuestro marido, señora? qué ha sucedido antes de mi llegada?

—Ah! Doctor, estoy tranquila por él.

—Tranquila, señora!

—Si, se ha salvado, ha tomado un remedio maravilloso; y el médico del pueblo, que está en el castillo desde anoche, me responde de ello.

—Un médico de aldea que tiene un remedio maravilloso! Ah! señora, veamos ese hombre.

Qué ha hecho, gran Dios! qué droga infernal ha dado á vuestro marido!

Se envió á buscar al empírico, que llegó sereno, con el rostro alegre y con toda la seguridad de Sganazalle; le fué imposible al Doctor R.\*\*\* sacar una palabra de este hombre, que despreciaba á los Doctores de Paris, y no tenia fé mas que en su elixir, cuya receta no queria dar porque debia ser su fortuna, haciendole mas rico que Crespo y mas célebre que Hipócrates. La presencia del Doctor R.\*\*\* en el castillo tuvo todo el resultado que

podía tener, es decir, que como la de los Bouillot, los Carrier y los Andral hizo todo lo que es permitido al arte hacer, todo, excepto milagros. Anatolio de Montfort se salvó, y el anciano Baron de Livry sucumbió víctima del elixir.

Un año después de estos acontecimientos la joven viuda llegó á ser Mme. de Montfort. El castillo fué vendido; el nuevo marido no caza jamás, y solo habla algunas veces con sus amigos del elixir del charlatan, recordando la virtud de su mujer y el peligro de que él escapó.

EN EL ALBUM DE MI SEÑORA

**Doña Rafaela Díaz de Morales.**

Al escribir en tu album  
estas mal trazadas líneas,  
por el dolor inspiradas  
y entre lágrimas escritas,  
quisiera poder hacerlo  
para celebrar tu dicha,  
sin hablar de los dolores  
que humedecen tus megillas;  
mas ¡ay! que en vano procuro  
recordar aquellos días,  
en que lleno de ilusiones  
pasé mi infancia florida.

Ya no me alegran los ecos  
de las dulcesavecillas  
que de flor en flor saltando  
sin penas gozosas trinan;  
ni el arroyo murmurante,  
con sus aguas cristalinas,  
despeñándose atrevido  
de la sierra á la campiña;  
ni los verdes limoneros  
con sus flores blanquecinas,  
á la abeja laboriosa  
prestando trabajo y vida:  
ni ver á la humilde oveja,  
que blando vellon nos brinda,  
pacer las menudas flores  
que los prados entapizan:

¡Ay! no se cura tan fácil  
de los dolores la herida!  
Solo pensar en las penas  
mis propias penas alivia.  
Solo el llanto ha conseguido  
dar á mi dolor salida.

¡Necio el hombre que ha pensado  
que los males asesinan,  
y es mas larga la existencia  
que se nutre en la agonía!  
¡Necio el hombre, que ignorando  
lo que es sufrir, nos critica

porque risueño el semblante  
desmiente nuestra fatiga!  
¡Tal vez dichoso me juzguen!  
¡Insensatos! ¡no adivinan,  
estasiados en sus goces,  
que esta ligera sonrisa  
es derramarse la hiel  
que rebosa el alma mía!

No comprendieron el llanto  
que surcaba tus megillas,  
por el ángel candoroso  
que desde el cielo nos mira,  
mientras otro en tu regazo  
mirando te sonreía.

No me escucharon tampoco  
pulsar mi cansada lira  
y amaneciendo y llorando  
maldecir la luz del día  
en que ví las bellas flores  
de mi esperanza marchitas.  
Solo tú, fiel compañera,  
mis dolores comprendías,  
mis lágrimas respetabas,  
lamentando mi desdicha,  
porque era una misma daga  
la que á entrambos nos hería.

A tí, que mi mal comprendes,  
hoy canta mi pobre lira:  
feliz, si amorosa admites  
estas mal trazadas líneas,  
por el dolor inspiradas  
y entre lágrimas escritas.

T. R. DE A.

**A LOS ESPAÑOLES.**

Inclita España! tus valientes hijos  
tu frente ciñen con eternos lauros;  
ya se lanzan al campo de batalla  
en alas del mas férvido entusiasmo,  
á mostrar al infiel que osó atrevido  
insultar el honor del castellano,  
que los nobles y heróicos descendientes  
del ogrejo monarca D. Pelayo  
para lavar la ofensa recibida  
necesitan de sangre hirviente lago;  
que en nada tienen su preciosa vida,  
ni de familia los amantes lazos,  
cuando se trata de la madre patria,  
á quien el torpe y bárbaro africano  
creyendo que los leones de Castilla  
no salieran jamás de su letargo,  
le demostró á la España el ódio fiero  
que hace siglos le guarda el mahometano.

Mas el leon sacude su melena,  
su terrible rugir resuena airado,  
y estendiendo sus garras se alza altivo  
para vengar cual debe sus agravios.  
Gloria eterna! valientes españoles,  
que en esta ocasion mas habeis mostrado  
que sois hijos de Cides y Guzmanes,  
que aun existen guerreros castellanos.

Para premiar tan noble pensamiento,  
para ceñiros eternos lauros,  
todas las clases con afan ardiente  
sublime patriotismo han demostrado.  
El magnate prodiga sus tesoros,  
su misero jornal el artesano,  
y el ministro de Dios en la batalla  
de nuestra religion presenta el faro!  
todo es abnegacion y sacrificios:  
todo es desprendimiento y entusiasmo!

Ostenta, España, tus mejores galas,  
ciñe coronas!... que tus hijos bravos  
por sostener el brillo de tu nombre  
su mas preciosa sangre han derramado.

Y vosotros, ilustres campeones,  
mártires de la fé, del honor patrio,  
que os consuele saber que en vuestras tumbas  
se verterá abundoso y tierno llanto,  
que se coronarán de siempre vivas  
y que les ornará laurel sagrado,  
ofrenda que las nobles españolas  
ofreceu à sus inclitos hermanos.

Quede para los héroes la alta gloria  
de morir por su patria denonados,  
y à las madres y esposas desoladas  
derramar en sus tumbas triste llanto.

AMALIA DOMINGO.

## UNA COSMOGONÍA.

Disertacion del Sr. Conde de Torres-Cabrera  
en su última reunion literaria.

Señores: reclamo toda vuestra atencion,  
porque vamos à caminar por los mas intrin-  
cados lugares de la metafisica.

Eterno é inmutable, antes que el princi-  
pio, existe Dios sin tiempo y sin espacio.

Dios!!! Os habeis detenido alguna vez an-

te la sublime idea de esta sencilla palabra?  
Dios, dicen todos los pueblos: Dios, esclaman  
todas las edades: Dios, repiten todos los si-  
glos; esa luz ha brillado à los ojos de todos  
los hombres; esa luz ha iluminado todos los  
hemisferios, y siempre grande, siempre ve-  
nerada, pero siempre incomprendible, ha cru-  
zado todas las generaciones.

Es que lo finito no puede abarcar lo in-  
finito; es que lo creado no puede comprender  
à su Creador.

Sin embargo, figuraos por un momento  
que el universo se derrumba, se aniquila:  
ya no existen palacios ni ciudades, ya no  
existen valles ni collados, la tierra se disipa,  
se evapora bajo vuestros pies y habeis que-  
dado suspendidos en el espacio; vosotros  
mismos empezais à perderos, fácilmente ha-  
beis concebido que la tierra se os escape à  
regiones ignoradas, que el sol y las estrellas  
se pierdan, se deshagan en el espacio, que  
vuestro propio ser desaparezca tambien; pe-  
ro en medio de esta destruccion universal, re-  
cordad un simple axioma, *el todo es mayor  
que la parte*: habeis comprendido el mundo  
cambiando de forma y dejando de existir;  
pero esplicaos si podeis que esta verdad no  
sea. Luchais en vano, la verdad del axioma  
existe en el vacío, es indestructible, no po-  
deis desfigurarla, la vereis alzarse mas allá  
de vuestra cuna y mas allá de vuestra tum-  
ba, no alcanzais su principio, no alcanzais su  
fin, y sin embargo moraba entre vosotros,  
hé aqui un destello de la verdad infinita.

Figuraos una ley constante, infinitamen-  
te poderosa, porque es la misma justicia,  
infinitamente sabia porque es la verdad mis-  
ma, infinitamente amorosa porque es la mis-  
ma armonía: esta ley entrañará en su esen-  
cia su razon, se cumplirá en sí misma: la  
omnipotencia igualando la sabiduría mantien-  
drá siempre en acto su indestructible amor,  
y eterno é inmutable, conoceréis à Dios en  
todos los instantes del tiempo, y en todos  
los puntos del espacio.

Inmutable, colocado en la altura de aquel  
eterno es, Dios va à determinar su facultad  
creadora. Aquel ser increado, va à reflejar-

se en otro ser creado; aquella armonía, aquel universo típico, va á retratarse en otro universo copia.

Lo que no es Dios, es nada: dividirse no puede lo indiviso. No es posible que de Él emane el mundo sin mutilar su existencia: el mundo debe ser *creado*. Entonces la omnipotencia dá existencia ó la nada. Pero el nuevo ser necesita espacio porque es materia: Dios no puede cederlo porque lo ocupa todo: y el caos se dilata en el seno de Dios mismo, y *el espíritu de Dios es llevado sobre las aguas. Spiritus Dei ferebatur super aquas.* (G. c. 1.) El caos!!!! Cuando los sábios pretenden explicar su esencia, se colocan mas abajo de la esfera de los necios. El caos es agua, es vapor, es fuego... ridículos utopistas, si aun no habeis podido comprender todas las propiedades del mas simple de los cuerpos, si aun no alcanzais á distinguir las leyes que os ofrece la naturaleza en su cuadro analítico, como pretendéis comprenderlas ni distinguirlas en aquella poderosísima síntesis, tan superior á vuestra oscura inteligencia! El caos es aun incomprendible para la inteligencia finita, fórgelo, pues, á su gusto la fantasía.

Está creada la materia: una masa informe, un cúmulo de leyes, una aptitud pronta á desarrollarse, representa la facultad creadora del único *ser* necesario, dá principio al tiempo, hace que nazca el espacio. El ser creador va á ser organizador, el *Fiat lux* vá á pronunciarse y á operar nuevos portentos. Hélos aquí: una palabra ha salido de los labios del Eterno *et facta est lux*, y la luz fué hecha.

Detengámonos á contemplar este momento admirable.

Dios opera sobre el caos de dos maneras distintas: en virtud de su fuerza creadora el caos existe; si esta fuerza cesára, cesaría su existencia, volveria á la nada; pero á mas de existir, el caos se organiza en virtud de otra fuerza organizadora. Esta fuerza en cuanto causa existe en Dios, en cuanto efecto debe ser representada por un hecho: *Fiat lux* y la luz fué hecha.

Un fluido desconocido, agente universal, motor constante, causa mediata, se esparce y establece sus corrientes sobre los átomos, y este fluido que todo lo invade, que todo lo agita, que se manifiesta por los sorprendentes efectos del magnetismo y de la electricidad, no es otra cosa que la palabra de Dios operando en el caos, la luz mosaica surgiendo del fondo de las tinieblas.

Todas aquellas grandes leyes que la mano de Dios habia impreso en el caos, empiezan á realizarse en el acto. De la aptitud va á nacer la existencia. Las propiedades semejantes forman moléculas semejantes, y la atracción y la cohesión operan en estas moléculas los cuerpos simples; el oxígeno, el hidrógeno, el cloro, el azoe, se dilatan en forma de gases: el bromo, el mercurio, se estienden en forma de líquidos: el itrio, el glucinio se precipitan en partículas pequeñas: el carbono, el fósforo, el azufre, el hierro, el oro, el platino, se solidifican en masas compactas; y mientras que todos estos elementos se unen, se aglomeran en un punto que ha de llamarse tierra, otros y otros vagan en los espacios inundándolos con la materia cósmica ó siderea: porque Dios quiere que el firmamento colocado en medio de las aguas *dividat aquas ab aquis*, separe aguas de aguas.

La vida mineral ha nacido. Aquel agente universal se manifiesta ahora por los efectos de la polarización: dos corrientes distintas se establecen en el fluido generador: los átomos imperceptibles giran sobre sus propios ejes, y arrojados al foco de aquella grande pila, van formando la tierra, y la tierra vestida de luz repele el polvo siderio que se aglomera en el espacio, y la acción positiva busca el centro formando el sol, y la negativa forma los astros, y las corrientes siguen: del contacto de las moléculas ha nacido la presión, de la presión un nuevo fluido secundario, y los globos son atraídos para neutralizarse al sol y repelidos cuando son neutralizados, y á la luz primitiva sigue la luz solar y *Fecit Deus firmamentum*, y Dios hizo el firmamento.

Pero concretémonos á nuestro globo. De un lado miro el sistema Plutoniano, del otro el Neptuniano. Los unos pretenden hallar la incandescencia en el estado primitivo de la tierra, cuyas capas vegetales y minerales se van formando por el enfriamiento: los otros la consideran en estado líquido pero frío, donde se van formando los cuerpos por la precipitación. A no dudarlo estos dos sistemas adolecen de los mismos defectos que todo sistema exclusivista.

Obedeciendo á las leyes generales de la atracción, hemos visto formarse los cuerpos simples por la cohesión; ahora van á nacer los compuestos por la afinidad. Arrastradas por las corrientes fluidas, se han aglomerado partículas diversas en un punto del espacio, y así como de la unión de las homogéneas nacieron los cuerpos simples, de la unión de las heterogéneas han de nacer los compuestos.

Del oxígeno y del hidrógeno fórmanse las aguas. Pero estas aguas son muy distintas de las aguas primitivas, de la materia informe. Estas aguas hijas del oxígeno y del hidrógeno, caen sobre las primeras capas sólidas aunque pulverulentas formando hidratos, que se solidifican y cristalizan en enormes masas silíceas; nacen los continentes, rizan su linfa los serenos mares, y uniéndose el carbono al oxígeno y al hidrógeno, determinando el fenómeno capilar, la tierra se viste de verdura, los flexibles tallos tienden al sol sus ojas obedeciendo la fuerza de atracción positiva, mientras hunden sus raíces al polo negativo del gran fotógeno universo. A el carbono, á el hidrógeno y á el oxígeno se ha unido el azoe y ha nacido el magnetismo animal; multitud de insectos microscópicos pueblan los aires, surcan las olas, corren por finísimos tubos en la sangre de los vegetales; la materia caótica se vá organizando y mostrando sus propiedades, y dado el primer paso en la escala animal, bien pronto remonta el alcon su vuelo y acaricia el pesado elefante el nudoso tronco de las palmeras.

Todo está concluido: la tierra embelleci-

da semeja un eden, que rueda en el espacio entre mil mundos de oro. Hemos agotado el tesoro de la física; pero aun brinda nuevos prodigios la inagotable naturaleza.

Nace un día, el aura vuela mezclando con sus alas los suspiros de las flores, forma su nido el ave y alimenta á sus hijos... Ya no es todo materia, la percepción y el sentimiento se han revelado, sí, porque el Dios omnipotente es el Dios sapientísimo y amoroso, porque al formar lo tangible ha formado lo impalpable, porque uniendo al amor la inteligencia han nacido los ángeles, porque todo el ser de aquel universo típico, ha de de reflejarse en este universo copia.

¿Qué falta pues al mundo?

La presión molecular mantiene las corrientes fluidas que operaban en el caos, formando en la superficie de la tierra vetas y filones metálicos; las plantas en pequeños laboratorios preparan las partículas terrosas para alimento del reino animal; los ángeles se elevan en éstasis eterno; pero el ángel no conoce la materia, ni la materia se levanta á Dios; falta un lazo que una el cielo y la tierra, un punto de contacto que dé á la creación la unidad de la trinidad divina; la obra está incompleta... Completarla es un misterio... Pero nace el hombre: y los ángeles se admiran: y la tierra lo bendice!!!

Paso á el hombre... Independiente de todo ser creado, inteligente como los ángeles, poseyendo á la vez la vida sensitiva del bruto, la vida vegetativa de la planta, la vida aumentativa de los minerales y la existencia inerte de los seres inorgánicos, y reuniendo en sí los elementos de todas las sustancias, las condiciones de todos los seres, las fuerzas de todas las vidas de la creación, produce todos sus efectos, abraza todas sus armonías, y el es por sí solo, como dice Raulica, el mundo entero en pequeño, el resumen, el compendio del mundo. Paso á el hombre, que al través del tiempo y del espacio, va á ocupar su puesto en la creación.

El hombre, pues, tiene dos naturalezas, el mundo de la materia rueda bajo sus pies,

el mundo del espíritu se dilata sobre su frente. Ser privilegiado, dotado de gigantes facultades y de preciosos elementos: ser á cuya existencia concurren todos los seres: encarnacion viva de dos creaciones distintas: claro es que su mision ha de ser grande, claro es que ha de armonizar en sí las leyes de esos dos mundos que habita. Privadle de su ley moral y dejará de ser hombre, privadle de su parte material y se convertirá en ángel caído.

Hemos visto á el hombre creado, otro dia lo estudiaremos en el ejercicio de su doble naturaleza. He dicho.

---

## DOLORES

---

### INDECISION.

---

Aun estoy por resolver  
el problema singular  
*¡De si es un cielo el querer!*  
*¡O es un infierno el amar!*

En una tertulia al ver,  
Algo de ella separado  
Un grupo por dos formado,  
De un hombre y una muger;  
Que aunque dos son, en un ser  
Amor los ha transformado;  
*Al punto sin vacilar*  
*Digo: ¡es un cielo el amar!*

Pero si veo en el teatro  
A D. Juan bufar de enojo  
Mirando algo de reojo  
Al palco número cuatro,  
En donde Elvira á su antojo  
Coquetea con veinteicuatro,  
*Digo: estoy por resolver*  
*¡Que es un infierno el querer!*

Si en dulce coloquio amante  
Sorprendo á Blas con Leonor,  
Y ella enrojece el semblante  
Y él le pondera su amor...  
Y oigo despues de un instante

De un beso el vago rumor...  
*Sin darme tiempo á pensar*  
*Digo: ¡es un cielo el amar!*

Mas si enamorado y loco  
Dando uno y otro paseo  
Al pobre de D. Gil veo,  
Apreciándose en muy poco,  
Rondar las calles, el coco  
Solo haciendo á su deseo,  
*Digo: es fuerza resolver*  
*¡Que es un infierno el querer!*

Si veo luego que Leonor,  
Embriagada de placer,  
Dulce beso le da al ser  
Fruto de su casto amor;  
Y con virginal candor  
Su dicha al padre hace ver...  
*Casi ya sin vacilar*  
*Digo: ¡es un cielo el amar!*

Mas cuando veo á D. Simplicio  
Dando á su chico papilla,  
Mientras su media costilla  
Anda salida de quicio,  
Siempre puesta la mantilla  
Y rondando el precipicio;  
*Digo: fuerza es resolver*  
*¡Que es un infierno el querer!*

Así en eterno dudar  
Estoy aun sin conocer  
*¡Si es un cielo el adorar!*  
*¡O es un infierno el querer!*

LUIS CÁRLOS TIRADO.

---

## AV...

---

¿Dónde vas?—dijo á un ángel  
que el vuelo posa  
en el tierno capullo  
de fresca rosa,  
la hada mas bella,  
meciéndose en el tallo  
de una azucena.

—A formar voy contigo  
linda criatura,  
hada y ángel á un tiempo;  
tal hermosura,  
que hacer logremos  
el mas hermoso adorno  
del universo.

Ven, hermana, en mi auxilio ...  
la haremos niña,  
como tú vaporosa,  
cual yo sencilla...

—Forma su alma,  
Yo formaré su cuerpo,  
dijo la hada.

— Que sea tierna y sensible  
cándida y buena.

—Delicada y esbelta  
cual la azucena.

— Y en su pupila  
la bondad de su alma  
luzca tranquila.

—Que la encendida rosa  
do te reclinas,  
preste vivos colores  
á su mejilla,  
y el blando aroma  
que perfume su aliento  
de su corola.

— De Cupido en sus ojos  
pondré los rayos  
que el corazon traspasen  
que ose mirarlos.

— Yo de la abeja  
derramaré en su boca  
el grato nectar.

Porque á la cruda herida  
que hagan sus ojos  
le den dulce remedio  
sus lábios rojos;  
y los llagados

vivan con la esperanza  
de ser curados.

— Para que sea perfecta  
queda el contraste...  
sonrisa fina y leve  
nunca la falte,  
que de malicia  
dé á su rostro apacible  
ligera tinta.

—Gracias, hermana, gracias!  
Estoy contento...  
Amemos nuestra obra  
y á Dios roguemos  
la dé ventura,  
cual merece tan buena,  
bella criatura.

.....  
Así el ángel y el hada dijeron  
y del ténue batir de sus alas  
cuando el rápido vuelo tendieron,  
despertóme el suave rumor.

¡Era sueño!... Mis ojos empero  
con afan han corrido la tierra,  
esperando encontrar do se encierra  
la encantada celeste vision.

No existe, no! mi corazon decía  
tras largo tiempo de buscar en vano,  
el mundo tal beldad no merecia,  
y Dios tal vez su alcázar soberano  
quiso adornar con ella,  
privando á los humanos corazones  
de su reina y señora.

No para el mundo son tan ricos dones!  
—mi alma se decía desesperada—  
Mas ví un día en tus raras perfecciones  
Que eras tú la creacion de ángel y hada!

JOSÉ RODRIGUEZ DELGADO



## SUeltos.

**Empezó la última reunion literaria** en casa del Sr. Conde de Torres-Cabrera, dándose lectura á un trabajo felizmente concebido y sabiamente desempeñado, en el que se hace ostentacion por su autor, que lo fué el citado señor Conde, de una gran elevacion de miras y de una universalidad de conocimientos poco comunes. En este escrito, que lleva por epigrafe una *Cosmogonia*, tuvimos ocasion de celebrar una vez mas los buenos principios y juiciosas teorías del Sr. Conde en asuntos de suyo tan abstrusos y dificiles; así como las puras fuentes en que ha tenido el acierto de beber el rico caudal de sus conocimientos. En otro lugar de nuestra Revista pueden nuestros lectores saborear por sí mismos las muchas bellezas de estilo y de pensamiento de que tanto abunda el referido trabajo.

Siguió á la lectura de una *Cosmogonia*, la de una bella composicion del género didáctico, debida á la pluma de D. Luis Ramirez de las Casas-Deza, notable sin duda por la profundidad de ideas como por lo selecto de su estilo. El señor Montesinos y Neira nos leyó á continuacion unos fragmentos de un libro que bajo el titulo de *Tradiciones populares* se propone dicho señor dar muy en breve á la estampa, y en los que fácilmente se echa de ver el especial estudio que ha debido hacer del espíritu, costumbres y particular índole de los poéticos tiempos á que se refiere el interesante asunto de que ha empezado á ocuparse en su libro. El Sr. Alcalde y Valladares fué justamente aplaudido por su festiva poesia titulada *Amor en dia aciago*. Obtubo asimismo los elogios de la reunion la escelente composicion á *Dios* del señor D. Ignacio Garcia Lovera, á la que antes de ahora habiamos tenido ocasion de tributar nuestra admiracion y sinceros aplausos. Leyó por último un bellissimo soneto D. Teodoro Martel, al *Amanecer*, que revela, como sus anteriores composiciones, su fecunda inspiracion y altas dotes.

Antes de dar fin á la reunion de esta noche se discutió largamente sobre la eleccion de asuntos para los juegos florales. Y se acordó por último que las reuniones literarias tuvieran lugar de aquí en adelante los dias 1.º y 15 de cada mes.

— *Calabazas*. — **Me dices, Adela** hermosa, que me quieres, no es extraño;

hace lo menos un año que no dices otra cosa; mas, Adela, no me fio, sé que eres ducha en amores; y hay un refran (y no es mio) que dice; *á revuelto rio ganancia de pescadores*.

Sé que á Pepe y á Julian, tambien amor les juraste, y luego los olvidaste por Casimiro y por Juan: por eso no me desvelo, no soy de esos avechuchos, á los que amor corta el vuelo, pues para mi *el mal de muchos de los tontos es consuelo*.

Yo no desdeño tu encanto, ni desprecio tu hermosura, mas muger que tanto jura, señal que miente otro tanto. Si algun amor te tenia, Adela, ya se ha acabado, conozco bien tu falsia, *y gato que está escaldado huye hasta del agua fria..*

No te molestes, pimpollo, son vanos tus juramentos, comprendo tus sentimientos y soy duro para pollo. En valde engañarme trata tu sonrisa placentera; no esperes mi amor, ingrata, porque *quien á hierro mata, á hierro es justo que muera*.

Busca rendidos galanes entre los mil que te admiran, de esos que al amar suspiran y á todas mienten afanes; pero yo ya estoy curado de la pasada demencia; así no tengas cuidado, te dejo, que *en el pecado llevaré la penitencia*.

A Dios, no te cause duelo mi poco grato desaire, tu eres veleta en el aire, y yo columna en el suelo; ya de tu imágen querida mis sentidos nada encierran: así es, Adela, la vida, *al que se vá se le olvida, y al que se muere lo entierran*.

## CHARADA.

Es inmensa mi primera,  
de voz gigante y medrosa;  
mis tres últimas son cosa  
hueca, estrecha y de velar.

Segunda y cuarta un amigo  
de mesa, cocina y cama:  
mi todo el nombre de un drama  
y de viejas de lugar.

---

Editor y administrador, ANTONIO MARQUEZ.

CORDOBA. — 1860.

Imp. y Lit. de D. Fausto Garcia Tena